



CONEXIÓN

CON LA HISTORIA



GENERALÍSIMO

Hidalgo en el Monte de las Cruces (detalle), 1879, óleo sobre tela de Luis Coto y Maldonado, propiedad del Instituto Mexiquense de Cultura.

Imagen: Cortesía INEHRM/Tomada del libro *La pintura militar de México en el siglo XIX*, de Eduardo Báez.

Miguel Hidalgo estrena ejército

POR MIGUEL ÁNGEL FERNÁNDEZ
DELGADO*

comunidad@nuevoexcelsior.com.mx

El desconcierto fue la característica de las tropas insurgentes que comandaba Miguel Hidalgo, hasta que el 22 de octubre de 1810, a su paso por Acámbaro, se fundó oficialmente el primer ejército insurgente, como un cuerpo militar disciplinado y con sus mandos claramente establecidos.

Desde el 15 de septiembre de ese año, el ejército insurgente había crecido exponencialmente sin orden alguno. Los capitanes realistas Ignacio Allende y Juan Aldama habían sumado tropas del Regimiento de Dragones de la Reina a la multitud convocada por Hidalgo: internos de la prisión de Dolores y vecinos que acudieron a su llamado, en buen número indios y campesinos de poblaciones cercanas, armados con cuchillos, machetes, lanzas, hondas y apenas unos cuantos fusiles.

De la sacristía del santuario de Atotonilco, Hidalgo tomó el estandarte con la imagen de la Virgen de Guadalupe, bandera del improvisado ejército insurgente, integrado por unos cuatro mil hombres en el momento de llegar a San Miguel el Grande. De Atotonilco, la tropa continuó hacia Celaya, a la que entraron el 20 de septiembre.

Precariamente organizados, pero ya con más de veinte mil elementos, los insurgentes partieron hacia Guanajuato. Al frente de las tropas insurgentes iba una infantería compacta, integrada por unos cinco mil hombres, en su mayoría indígenas con hondas, provisiones de piedras, arcos y flechas, así como garrotes

Después de que las fuerzas insurgentes crecieran de forma anárquica, el 22 de octubre de 1810 se logró constituir un cuerpo armado de más de 80 mil hombres que operaban bajo un auténtico orden militar

con hierros a guisa de lanzas o picas; en seguida, la caballería, compuesta por arrieros, rancheiros y peones, armados con machetes y lanzas de mayor tamaño y mejor hechura. Detrás, los cabecillas del ejército y, para cerrar la retaguardia, como reserva dispuesta para la defensa de las tropas en ciernes, las dos compañías del Regimiento de la Reina.

Mientras tanto, en la ciudad de Guanajuato, el intendente Riaño cometió el error de atrincherarse en la Alhóndiga de Granaditas con sus familiares y hombres de confianza, confiado en que las tropas realistas llegarían en su auxilio muy pronto.

El ataque de los insurgentes se concentró en ese refugio. En menos de cinco horas y a costa de unas tres mil vidas, el ataque llegó a su fin.

Las hordas rebeldes seguían extendiéndose sin orden aparente. El opulento hacendado Juan Bautista Larrondo y su esposa, María Catalina Gómez de Larrondo, nativos de Acámbaro, mantenían amistad de tiempo atrás con Hidalgo. A comienzos de octubre de 1810, doña María Catalina se enteró de que el nuevo intendente de Michoacán, Manuel Merino, el coronel Diego García Conde y el coronel Diego Ruliban camino a Michoacán, desde la Ciudad de México, enviados para preparar la defensa de Valladolid. Doña María Catalina, acompañada de su cajero

y de un torero de apellido Luna, llegó a la hacienda San Antonio, donde reclutó y armó peones con machetes, dagas y algunas pistolas, a los que envió a cerrar el paso de la caravana enemiga. Tras un breve enfrentamiento, los realistas resultaron presos.

Hidalgo se encontraba en Guanajuato, cuando el contador de doña María Catalina les hizo llegar la noticia de los prisioneros. Las fuerzas insurgentes entraron entonces triunfalmente en Valladolid.

Para el 22 de octubre, el ejército de Hidalgo había crecido hasta contar 80 mil hombres; se reconoció entonces la imperiosa necesidad de introducir una mejor organización militar antes de emprender otra campaña. Las fuerzas insurgentes se dividieron en regimientos de mil hombres y a todo aquel que los reuniera obtenía el grado de coronel.

Hidalgo recibió el título de Generalísimo; Allende, Capitán General. Jiménez, Aldama, el padre Mariano Balleza, Juan José Díaz y Joaquín Arias fueron tenientes generales.

El pueblo de Acámbaro respondió con júbilo al ser testigo privilegiado del nacimiento del ejército insurgente.

Al día siguiente, el nuevo ejército partió con rumbo a la capital del virreinato. Aunque hubo muchos altibajos en la historia militar insurgente.

*INVESTIGADOR DEL INEHRM